

Un obispo a punto de jubilarse, nuevo jefe de la inquisición

García-Gasco, de 77 años, ya ha pedido a Benedicto XVI que acepte su retiro

JUAN G. BEDOYA
Madrid

Los cardenales españoles se resisten a dejar paso a prelados más jóvenes. Lo han demostrado en las elecciones de esta semana para renovar los cargos en la Conferencia Episcopal Española. En la asamblea plenaria, compuesta por 78 obispos y una edad media cercana a los 65 años, copan ya el Comité Ejecutivo y ayer han entregado la mejor de sus comisiones —la doctrinal— al único cardenal que había quedado fuera.

Se trata del arzobispo de Valencia, Agustín García-Gasco (Corral de Almaguer, Toledo, 1931). Presidirá la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, que es como se llama desde 1965 el Santo Oficio de la Inquisición. Pese a ocupar ese cargo desde marzo de 2007 por fallecimiento de su titular, el obispo auxiliar de Madrid Eugenio Romero Pose, entraba dentro de la lógica que ayer se le buscaría un sustituto más joven y, sobre todo, con tres años de ejercicio por delante.

García-Gasco ha sobrepasado ya dos años la edad reglamentaria de jubilación (75) y tiene cursada a Roma su petición de retiro. El Papa le distinguió en otoño con el capelo cardenalicio, que le permitirá votar en un cónclave hasta los 80 años, pero se da por

seguro que no seguirá al frente del arzobispado de Valencia muchos meses más.

La Comisión para la Doctrina de la Fe es la encargada de velar por la ortodoxia de la doctrina católica y vigila que “lo que se diga en la Iglesia, de palabra o por escrito, sobre el evangelio responda a la verdad tal y como lo entiende la Iglesia”. Heredera del Santo Oficio de la Inquisición, surgió con ese nombre en el Concilio Vaticano II, cuyos dos papas protagonistas, Juan XXIII y Pablo VI, habían sido molestados por el inquisidor de turno cuando eran jóvenes sacerdotes. Juan Pablo II designó para gestionar tan inmenso poder al entonces arzobispo Joseph Ratzinger, que había destacado como teólogo asesor de aquel concilio entre el sector de los progresistas.

La sorpresa fue que, con los años, la decisión de suprimir la Inquisición y sustituirla por un organismo que buscara el impulso de la doctrina y la teología, más que su control, se convirtió de nuevo, en manos del cardenal Ratzinger, hoy Benedicto XVI, en una temible *policía de la fe*, como es conocida entre sus detractores.

Entre sus víctimas recientes se cuentan pensadores de la talla de Hans Küng, Edward Schillebeeckx, Charles Curran y gran parte de los teólogos latinoameri-



El cardenal García-Gasco (a la izquierda) junto a Martínez Camino, el lunes pasado en la CEE. / ÁLVARO GARCÍA

José Sánchez y Casimiro López lideran Migraciones y Educación

canos de la liberación, como Leonardo Boff y Jon Sobrino.

También ha condenado en España numerosas opiniones y libros, entre otros de Marciano Vidal, Juan José Tamayo, José Antonio Pagola, José María Vigil, Casiano Floristan y los jesuitas José María Castillo y Juan Masiá.

Doctrina de la Fe cuenta con el asesoramiento de una Comisión Teológica, de la que en España forman parte 16 teólogos y filósofos de las facultades y centros

de estudios teológicos de toda España. Su función es asesorar a los obispos en todo lo que se someta a su consulta. La comisión elabora también documentos de orientación doctrinal sobre diversos aspectos de la fe y la vida cristiana, unos que son publicados bajo su propio nombre y otros que son elaborados para su uso por la Comisión Permanente o la Asamblea Plenaria de la CEE.

Durante años ese trabajo de dirección y coordinación estuvo dirigido por el jesuita Juan Antonio Martínez Camino, que se ganó allí el prestigio y la autoridad que llevaron al cardenal Antonio María Rouco a nombrarle primero portavoz y secretario general de la Conferencia Episcopal, y hace apenas tres meses obispo auxiliar del arzobispado de Madrid.

Ayer se comentaba en la sede de la conferencia que la permanencia de García-Gasco en comisión doctrinal lo será por apenas unos meses, hasta que en noviembre Martínez Camino deje la portavocía y asuma la presidencia de una comisión que conoce como pocos.

Entre las muchas votaciones de ayer para elegir presidencias de comisiones (que dan derecho a pertenecer a la Comisión Permanente episcopal), destacan la reelección de José Sánchez, obispo de Sigüenza-Guadalajara y ex portavoz de la CEE, en Migraciones, y el ascenso de Casimiro López Llorente, obispo de Segorbe-Castellón, a la presidencia de Enseñanza y Catequesis, encargada de negociar con el Gobierno los temas de educación.

Pastores malhumorados, obispos felices

ANÁLISIS

Pedro Miguel Lamet

El *episkopos* u obispo, según la etimología griega, es el que “mira por encima”, no en la acepción popular de “engreído”, sino del que vigila y cuida de la grey en sentido evangélico. Con el tiempo se le fueron asimilando términos del judaísmo y del paganismo helénico, como “sumo sacerdote” o “pontífice”, que, por cierto, no le gustaban nada al llorado Juan XXIII, quien decía: “Yo no me siento nada de eso, sino simplemente un pastor”.

Que a estas alturas las elecciones episcopales se equiparen al juego de fuerzas de unos plebiscitos civiles me parece grave. Es cierto que siempre hubo una correlación de tendencias, que más que de izquierdas y derechas, correspondían a las diversas ópticas que provocó el Concilio y los nombramientos del demócrata y lúcido Pablo VI. Se dijo en cambio que el restauracionista Juan Pablo II sembró la Iglesia de prelados “más devotos, obedientes y ortodoxos que inteligentes y dialogantes”.

Fue precisamente un obispo —*rara avis*, con bastante sentido del humor— quien en la intimidad me definió la mitra como “la prolongación de un vacío, o el apagavelas de la inteligencia”. Añadía: “A veces son hombres capaces y estudiosos, pero en cuanto les dan un báculo, no sé qué les pasa que se les nubla la vista”.

Más allá de bromas —bendito humor

que desengrasa—, no se puede decir que en estas elecciones episcopales haya ganado la derecha, porque conservadores, en el sentido amplio del término, son casi todos los obispos. Los hay, sí, algo más tolerantes y que no están de acuerdo con el alineamiento político que últimamente ha caracterizado a buena parte de la cúpula episcopal; que les parecen intolerables las soflamas partidistas e insultantes de algunas voces de la Cope, hasta el extremo de llamar “masón” por sus micrófonos al mismísimo nuncio apostólico —por cierto un amable y templado portugués—, sólo por haberse atrevido a cenar con el presidente del Gobierno.

No faltan incluso los miembros de la Conferencia que están en profundo desacuerdo con la orientación de la última nota emitida a raíz de las elecciones. Que yo sepa, se han pronunciado comedidamente críticos Uriarte y Fernando Sebastián, especialmente por la referencia al diálogo político con ETA y la escasa incidencia de la misma en temas sociales. Aunque tal escoramiento venía ya de Suquía, que rompió con el taranconismo, el último documento apenas permite a un católico literalista otra opción que votar a la derecha. Es tanto, dada la nimia diferencia por la que ganaron Blázquez antes y Rouco ahora, como decir que la distancia entre conservadores y moderados viene a ser de dos o tres votos, que sin duda se ha inclinado por el cardenal de Madrid gracias al otorgado por algún que otro flamante prelado.

Pero ése no es el fondo de la cuestión. La verdad es que aquí no ha cambiado nada. El trío cardenalicio, compuesto por los arzobispos de Madrid, Toledo y Valencia —este último reforzado, en edad de jubilación, con la presidencia de la Comisión de la Doctrina de la Fe—, ha mandado en la Iglesia también durante la presidencia de un Blázquez que, con excelentes intenciones, apenas pudo impulsar su sincero estilo de sencillez y apuesta por el diálogo.

En medio de esta situación, lo que más me preocupa como cristiano es que en la

La verdad es que aquí no ha cambiado nada. El trío cardenalicio ha mandado también con Blázquez

España de hoy está resurgiendo un neoanticlericalismo cerril, en parte suscitado por intervenciones y actitudes de los propios obispos, en parte aprovechado por una miope clase política que tampoco cree de veras en la libertad religiosa. La desafección de un fuerte sector de la gente joven, la distancia de intelectuales y artistas, que parece estar dando a la Iglesia por imposible, entristece a muchos que hemos luchado por acercarnos a ellos hombro con hombro en el fragor de la cultura y la plaza pública.

Todo ello nos invita a pedir desde dentro y sin la menor inquina: dejen, por favor, la imagen de *pepitos grillos* y apaleadores de los males de la sociedad, señores obispos. Ya mamá televisión se encarga de calentarnos los oídos con las múltiples calamidades que hay en el mundo. Dejen esa actitud adusta y malhumorada que está muy lejos de ser un reclamo para atraer seguidores, y, por favor, aprendan a sonreír. No para hacer publicidad o vender mejor en la tienda, sino para que nos creamos que son ustedes felices.

Da la sensación de que entre todos nos hemos olvidado de que la traducción literal de “evangelio” es buena noticia. Que Jesús habló muy poco de moral sexual, y mucho menos intentó reformar las leyes civiles con su predicación, sino para mostrar un camino de vida y defensa de los más pequeños, aunque dicha *política* acabara por matarlo.

Al final, el ejemplo y la alegría son lo único que convence. Hasta Juan Pablo II nos dijo en su último viaje a España que esta verdad “se ofrece, no se impone”. Como hizo también Benedicto XVI cuando vino a Valencia, frente a un sector que esperaba que diera más caña al Gobierno. Quizás a nuestra Iglesia le sobre algo del lastre histórico nacionalcatólico, que tanto daño nos hizo y que desearían resucitar algunos fundamentalistas. Una absurda necesidad de conducir a la grey a golpe de báculo y no con los amables silbidos del Buen Pastor, que decía: “Venid a mí los que estáis agobiados, que yo os aliviaré”.

Pedro Miguel Lamet es jesuita, escritor y periodista, autor de *El retrato: Imago hominis*.